

Diario de Eñe

Agustín Fernández Mallo

Diarios desde el búnker

Lérida, Barcelona, Palma de Mallorca, Londres, Murcia.

Del 3 de abril al 12 de mayo de 2009

3 de abril

Regreso del Centro de Arte La Panera, Lérida, en tren, una especie de AVE. Son las diez y media de la noche. Me han invitado a hablar de alta/baja cultura. Hablé del residuo, de la buena publicidad, de ese amigo de todas las cosas. Me gustó mucho. Afuera todo son sombras, dejamos atrás una refinería, luces y antorchas a la distancia suficiente para que parezcan un belén. Me sorprende que de Lérida a Barcelona, un viernes a esta hora, el tren vaya casi vacío. Hace unos días cargué en el iPod *Restos de un incendio*, un disco de Migala. Ahora suena «puedes ver la noche desde un tren..., y luces lejanas, y piscinas vacías», y eso es lo que exactamente se ve a través de la ventanilla. Algo que siempre me ha resultado extraño de los trenes es que su camino sea horizontal. El camino de un tren es el camino más horizontal que existe. Habría que preguntarse por qué no suben cuestas los trenes. Alguien que ocupó mi asiento antes que yo ha dejado una bolsa transparente con latas de refrescos vacías, cajas de Toblerones vacías, paquetes de chicles también vacíos. Y afuera, piscinas vacías. ¿Dónde hay algo lleno, pues?, me digo. Ahora recuerdo que una vez pensé qué ocurriría si un tipo escuchara todos los días su iPod: en el bus, al volver del trabajo, mientras cocina, mientras ve la tele, mientras duerme, mientras habla. Alguien le pregunta un día, ¿qué música escuchas? Y él responde que ninguna, que su iPod está vacío: oye el ruido de fondo de su iPod, sólo eso, le gusta el ruido de fondo de su iPod, pero los iPod carecen de ruido de fondo. Esto lo pensé un día en que estaba aburrido. Unos asientos más adelante, frente a mí, van dos gemelas maduras. Medio rubias. Van

en silencio. Las gemelas, lógicamente, siempre son tarros vacíos. Más luces lejanas, más piscinas vacías.

4 de abril

En Barcelona amaneció despejado. Hace sol. He quedado con Ester, que ha venido de NY, donde vive, para la inauguración de una exposición suya. Ester es muy vital, vamos a por unas tapas. Habla una mezcla de español-americano con acento catalán. Lleva pantalones cortos y una chupa de cuero de motorista. Trabaja con las metáforas del residuo, así que se interesa por lo que dije ayer del residuo en La Panera. Vamos a la librería Documenta y le regalo *Homo Sampler*; tiene mucha curiosidad por llevarse ese libro a NY. En la calle, ante nosotros, un viejo torero, muy viejo, baila y toca las castañuelas muy mal. No tiene dientes. Es un desastre humano, una piltrafa, un residuo. Me pide con mucha dignidad la voluntad, lo primero que saco del bolsillo son dos euros. Los meto en su sombrero. Por una vez el orden se invierte, soy yo el mago, soy yo quien saca del bolsillo dos euros como quien materializa un conejo en una chistera, y él aplaude. Me doy cuenta de que se parece a mí, pero en viejo.

5 de abril

Ayer noche, Aina y yo cenamos con Pepe Ribas. Hacía un año que no nos veíamos. Fuimos al restaurante Ygueldo. Recordamos los días en el poblado caribeño de Choróní, unas chozas de caña y poco más. Huíamos de la paranoia: Chávez nos estaba vigilando. Yo me quedaba a escribir en la choza, y Aina y él se iban en lancha a visitar pequeñas islas cercanas. Regresaban con fotos de auténticas mulatas friendo pescado en la arena, o de negros como Hércules partiendo cocos y ofreciéndotelos. Eran estampas perfectas, de catálogo de viajes, auténticas 100%, remotas. Aina y Pepe regresaban cada tarde de otro mundo, un mundo que yo jamás llegué a conocer. Después, unas negras nos preparaban marisco a la plancha y cenábamos, siempre con un ojo en la espalda por si aparecía Chávez. Nos reímos ayer de todo eso.

Después, un *gin-tonic* de coctelería y nos retiramos. Yo estaba muerto. Desde que el lunes pasado estuve aquí para lo de finalista del Premio de Ensayo Anagrama, no levanto cabeza. Una semana durísima. Por fin, hoy he regresado a Palma. Mi cerebro se diluye ante la pantalla de la tele. Luces lejanas, piscinas vacías, y una peli tonta que me encanta.

8 de abril

Londres. Las escaleras mecánicas que te bajan al metro son las más empinadas y largas del mundo. En la pared, mientras bajas, vas viendo pequeños anuncios de variada publicidad, enmarcados. El año pasado había visto a un tipo que se propuso sobredibujar esos anuncios, hacer con ellos otra obra. Como las escaleras mecánicas van muy rápido, también él tenía que ser rápido: un par de trazos en el poster, llegar abajo, subir, y en el trayecto de bajada, otro par de trazos. Hoy he visto, en el metro de Tottenham, que los tiene casi terminados. Una maravilla.

Estoy en el hotel. Una tarde de hotel. Veo mucho la tele. Cuando llego a un país me impongo una tarea antropológica: conocer su religión, conocer su gastronomía y conocer su publicidad televisiva. Dicen más de un país que todos sus museos juntos. Hoy fui a la Tate Britain a ver la exposición *Altermodern*. Una maravilla. El paso siguiente a la posmodernidad, lo que en mi ensayo *Postpoesía* llamo posmodernidad tardía. Los artistas ya no tiene raíces. Las raíces se las compone uno a base de capas temporales y espaciales. La identidad es un supermercado y cada cual hace su carrito de la compra. Compró los dos libros editados hasta ahora sobre este asunto: *Altermodern* (catálogo de la exposición) y *The radican*t, ambos del curador Nicolás Bourriaud. Me he encerrado en el hotel toda la tarde y la noche a leerlos. Hablan de una suerte de nomadismo estético con el que me identifiqué. Antes de acostarme bajo a desayunar. Un camarero un poco borracho me sirve café. Aún llueve.

9 de abril

Londres. Me compro en All Saints unas botas negras, de media caña; parecen de una novela de Charles Dickens, la Inglaterra pobre e industrial; es la estética de la crisis, nada de ostentación, todas las colecciones ahora rehuyen de la ostentación, la botas las venden como ya viejas, deliberadamente gastadas, pero son nuevas. No sé cómo resolvería esa paradoja temporal Heráclito, su río es ahora el mercado global, el flujo de dinero. La etiqueta pone un precio en libras y su equivalente en euros. Pero la equivalencia es de hace unos meses, es decir, antigua. Estoy comprando unas botas nuevas pero ya viejas por eso; su precio corre ya en otro tiempo. Eso es raro para mí.

Hoy, al amanecer, me he despertado y he pensado algo que tiene que ver con el «horizonte de sucesos», con los fractales y con las contraportadas de los libros de Anagrama. Una obra plástica que involucrara esos elementos. Me pareció emocionante, pero no la contaré porque a medida que ha ido pasando el día la idea ha ido palideciendo, haciéndose menos buena y más chorrada. En la cama somos dioses.

10 de abril

En una tienda de maquillajes y cremas, vi un afilalápices, el que usan las dependientas para afilar los lápices de ojos que tienen de muestra, esos que prueban las clientas. El afilalápices venía encerrado en una pequeña urna de plástico transparente, de modo que en ella se acumulaban al tun tun restos de lápices de ojos de todos los colores. Me encantó, eran las mismísimas miradas de las clientas las que estaban en esa urna depositadas. Sus trozos. Son estas cosas las que me compensan un viaje. Le pregunté a la dependienta si me lo vendía. Y no. Me vendía uno nuevo, pero el usado no. Me pareció incomprensible. Los protestantes son muy celosos de la norma. Seguramente pensó que si me vendía el usado, y me cortaba con él un dedo y la herida se me infectaba, podría denunciarla. Me fui sin mis miradas de colores. Un pena. Ya les había planeado no sé cuántos escaneos. Ahora dejo de escribir, vuelve

a llover, salgo a cenar algo y a por unas cervezas. Más allá de nuestras fronteras siempre bebo cerveza. Más acá, nunca.

11 de abril

Londres. Desayuno en un local italiano cerca del hotel. El tipo es amable, más italiano que británico. Después vuelvo a Tate Britain. Una sala de retratos del siglo xvii. Un cuadro inquietante, *The Cholmondeley Ladies*; son dos gemelas, en la cama, vestidas de manera idéntica, peinadas de manera idéntica, y cada una con un bebé en brazos, ambos también idénticos. El pintor es anónimo. Leo que existieron, y que el cuadro celebra esa extrañeza. Parecen que estuvieran en una tumba. Recuerdo de inmediato a las maduras gemelas que vi en el tren Lérida-Barcelona, también como huecas. Y luces lejanas —me embobé ante el cuadro. ¿Alguien recuerda la película *Freaks?*— y piscinas vacías. Cuando salgo de la Tate voy a unos grandes almacenes. Me dicen que allí puedes encontrar, concentradas, todas las tiendas de Londres, todo Oxford Street. Está un poco lejos, pilló el metro y, en efecto, es inmenso. Es como el Louvre de los centros comerciales. Cuando voy al Louvre, sólo miro lo que me interesa y me voy corriendo, porque tal profusión de obras maestras me impide avanzar en mi trabajo; tengo que protegerme. Por eso también leo pocos libros. Sin embargo, este Louvre de los centros comerciales me gusta, no me bloquea para seguir comprando, no bloquea mi posible *compradición*. No lo entiendo bien. Tengo que pensar el porqué de esa diferencia.

12 de abril

Sigo en Londres. He estado casi todo el día en el hotel releyendo el libro *Altermodern* y viendo la tele. También he hojeado un libro que compré hoy, en una pequeña escapada a la librería Folyes, de artistas que hacen obra sólo con lana calcetada, tricota y ganchillo. Es muy bueno. Arte radical con estas manitas y mi tricotosa. Nunca imaginé que en los jerseys que me hacía mi madre anidara semejante arte. En Folyes me ocurrió un incidente un poco desagradable. Cuando estaba